

EMBAJADA DEL SEÑOR DE CEMPOALA, Y SUS
CONSECUENCIAS.

En este mismo día, de tanta consternación para los españoles, tuvieron sin embargo un testimonio de la protección Divina. Dos soldados que hacían la guardia fuera del campo, vieron venir hacia ellos cinco hombres, algo diferentes de los Mexicanos en sus trajes y adornos, los cuales, conducidos á presencia del general español, dijeron en mexicano, [por no haber allí quien entendiése su idioma] que eran de la nación Totonaca, y enviados por el señor de Cempoala, ciudad distante veinticuatro millas de aquel punto, para saludar á aquellos extranjeros, y para rogarles pasasen á aquel pueblo, donde serían bien recibidos; añadiendo que no habían venido ántes, por miedo de los Mexicanos. Era el señor de Cempoala uno de aquellos feudatarios que vivían impacientes del yugo de Moteuczoma. Informado de la victoria obtenida por los españoles en Tabasco, y de su llegada al puerto en que entonces residían, le pareció aquella una ocasión favorable de recobrar su independencia, con el auxilio de tan animosos guerreros. Cortés, que nada deseaba tanto como una alianza de aquella especie para aumentar sus fuerzas, después de haber tomado menudos informes acerca del estado y de la condición de los Totonacas, y de los daños que sufrían por la prepotencia de los Mexicanos, respondió dando gracias al cempoalteca por su cortesía, y prometiéndole hacerle una visita sin tardanza.

En efecto, inmediatamente publicó su salida para Cempoala; mas ántes le fué preciso vencer los obstáculos que halló en sus mismas tropas. Algunos parciales del gobernador de Cuba, cansados de las incomodidades que habían sufrido, atemorizados por los peligros que presagiaban, y deseosos del descanso y de las holguras de sus casas, rogaron enérgicamente al general que volviese á Cuba, exagerando la escasez de víveres, la temeridad de tamaña empresa, como era la de oponer tan pequeño número

de soldados á todas las fuerzas del rey de México, especialmente después de haber perdido en aquellos arenales treinta y cinco hombres, parte de resultas de las heridas recibidas en la batalla de Tabasco, parte por el aire insalubre de la playa. Cortés, ya con dones, ya con promesas, ya con un poco de rigor oportunamente aplicado, y con otros medios inventados por su raro ingenio, manejó tan bien los ánimos, que no solo aquietó á los descontentos, sino que logró que se decidiesen gustosos á permanecer en aquel delicioso país: y adelantándose además en sus negociaciones, obtuvo que el ejército, en nombre del rey, y con entera independencia del gobernador de Cuba, lo confirmase en el mando supremo, tanto político como militar; y que para los gastos que había hecho, y que después hiciese en la expedición, se le adjudicase desde entonces en adelante el quinto del oro que se adquiriese, sacada ántes la parte que al rey pertenecía. Después creó las magistraturas, y los otros cargos públicos necesarios para una colonia que intentaba establecer en aquellas costas.

Habiendo superado estos obstáculos, y tomado las medidas convenientes para la ejecución de sus vastos designios, se puso en camino con sus tropas. Su intento no era tan solo buscar aliados, y proporcionar á su gente algun alivio á los males que habían sufrido; sino también escoger un buen sitio para la fundación de la colonia, por estar Cempoala en el camino de Quiahuitztlá (1), en cuyo distrito estaba el puerto descubierta por el capitán Montejó. El ejército, con una parte de la artillería, marchó en buen orden hacia Cempoala, y apercebido á la defensa, en caso de ser atacado por los Totonacas, de cuya buena fe no estaban seguros, ó por los Mexicanos, á quienes suponían ofendidos por su resolución: disposiciones que ningun buen general juzgará inútiles, y que nunca descuidó Cortés, ni aun en los tiempos de su mayor prosperidad; pues siem-

(1) Solís y Robertson dan á este puerto el nombre de *Quiabistan*, que ni es ni puede ser mexicano.

pre son útiles para mantener la disciplina militar, y casi siempre necesarias á la seguridad propia. Los buques se dirigieron por la costa al puerto de Quiahuitztlá.

Tres millas ántes de llegar á Cempoala, salieron de aquella ciudad al encuentro de Cortés veinte sujetos de distinción, le presentaron un refresco de piñas y de otras frutas del país, lo saludaron á nombre de su señor, y lo escusaron de no haber venido en persona, por impedirsele sus dolencias. Entraron en la ciudad en orden de batalla, temiendo alguna traición de los habitantes. Un soldado de caballería que se adelantó hasta la plaza mayor, habiendo visto un bastión del palacio, que por estar recién blanqueado y bruñido, resplandecía á los rayos del sol, creyó que aquel edificio era de plata, y volvió á toda brida á dar tan buena noticia al general. Semejantes engaños son demasiado frecuentes en aquellos que tienen la mente ofuscada por la pasión. Marcharon los españoles por las calles no menos alegres que maravillados al ver aquella ciudad, la mayor que hasta entonces habían visto en el Nuevo-Mundo; con tanto número de gente, y tan hermosos huertos y jardines. Algunos, por su tamaño, la llamaron Sevilla, y otros, por su amenidad, Villa Viciosa (1).

Cuando llegaron al templo mayor, salió á recibirlos á la puerta del atrio el señor de aquel estado, que aunque casi incapaz de movimiento, á causa de su desmesurada gordura, era hombre hábil y de buen ingenio. Después de haber saludado é incensado á Cortés, según el uso del país, pidió venia para retirarse, prometiéndole volver cuan-

[1] No puede dudarse de la antigua grandeza de Cempoala, si se atiende al testimonio de los que la vieron, y á la extensión de sus ruinas; mas no debe hacerse caso del cómputo de Torquemada, que unas veces le da 25,000 habitantes, otras 50,000, y hasta 150,000 en el índice del primer tomo. A Cempoala sucedió lo mismo que á otras ciudades del Nuevo-Mundo: á saber, que con las enfermedades y los otros desastres del siglo XVI, fué disminuyéndose hasta despoblarse de un todo.

do todos hubiesen descansado de las fatigas del viaje. Alojó á toda la tropa en unos grandes y hermosos edificios que había en lo interior del templo, que quizás serían la residencia habitual de los sacerdotes, ó estarían destinados para albergue de los forasteros, como los había en el recinto del templo mayor de México. Allí fueron bien tratados, y provistos de cuanto necesitaban, á espensas de aquel caudillo, el cual volvió á verlos después de comer, en una silla portátil, ó litera, y acompañado de muchos nobles. En la conferencia secreta que tuvo con Cortés, ponderó este general, por medio de sus intérpretes, la grandeza y poder de su soberano, que lo había enviado á aquellos países, encargándole muchas comisiones importantes, y entre ellas la de dar auxilio á la inocencia oprimida. “Por tanto, añadió, si puedo servir en algo con mi persona, ó con mis tropas, decídmelo y lo haré de buena voluntad.” Al oír el cempoalteca esta oferta, introducida con mucha destreza en la conversación, lanzó un profundo suspiro, al que siguió una lamentación amarga sobre las desventuras de su pueblo. Dijo que habiendo sido libres los Totonacas desde tiempo inmemorial, y regidos por señores de su propia nación, hacia pocos años que se hallaban oprimidos por el yugo de los Mexicanos; que estos por el contrario, de humildes principios se habían alzado á tanta grandeza, por su estrecha y constante alianza con los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan, que se habían hecho señores de toda aquella tierra; que su poder era desmesurado, y su tiranía igual á su poder; que el rey de México se apoderaba del oro de sus súbditos, y los recaudadores de los tributos requerían sus hijas para violarlas, y sus hijos para sacrificarlos, además de otras inauditas vejaciones. Cortés mostró compadecerse de sus desgracias, y se ofreció á darle auxilios, dejando para otra ocasión el tratar sobre el modo de verificarlo, porque por entonces le urgía pasar á Quiahuitztlá, para informarse del estado de sus buques. En esta visita le hizo el cempoalteca un regalo de alhajas de

oro, que importó, segun dicen algunos autores, cerca de mil pesos.

Al dia siguiente se presentaron á Cortés cuatrocientos hombres de carga, que le enviaba aquel señor para trasportar su bagaje; y entónces supo por Doña Marina el uso de aquellas naciones de suministrar espontáneamente y sin interes, aquel modo de conduccion á las personas de consideracion que transitaban por sus pueblos.

PRISION DE CINCO MINISTROS.

De Cempoala pasaron los españoles á Quiahuitzla, pequeña ciudad, colocada sobre un monte áspero y peñascoso, á pocas de doce millas de Cempoala, hácia el Norte, y á tres del nuevo puerto. Allí tuvo Cortés otra conferencia con el señor de aquel estado, y con el de Cempoala, que con este objeto se hizo llevar á aquel punto. En tanto que discurrían sobre los negocios de la independencía, llegaron con gran séquito cinco nobles Mexicanos, recaudadores de los tributos regios, mostrándose extraordinariamente coléricos contra los Totonacas por haber osado admitir aquellos extranjeros, sin aguardar el beneplácito del monarca, y exigiendo víctimas humanas para sacrificarlas á los dioses en expiacion de tanto delito. Turbóse toda la ciudad con aquella nueva, y especialmente los dos señores que se reconocian mas culpables. Cortés, informado por Doña Marina de la causa de su consternacion, imaginó un modo extraordinario de salir de aquel aprieto. Sugirió, pues, á los dos señores el atrevido consejo de apoderarse de los recaudadores y ponerlos en la cárcel; y aunque al principio se negaron á hacerlo, pareciéndoles un atentado tan temerario como peligroso, cedieron finalmente á sus instancias. Fueron pues encarcelados en las jaulas aquellos cinco personajes que habian entrado tan orgullosos en la ciudad, y con tanto desprecio de los españoles, que ni siquiera se dignaron mirarlos cuando pasaron por delante de ellos.

Apénas dieron aquel primer paso los To-

tonacas, cuando reanimando su valor, se adelantaron hasta el esceso de querer sacrificar aquella misma noche á los Mexicanos; pero los disuadió Cortés, el cual habiéndose conciliado con aquella medida el amor y el respeto de los Totonacas, quiso captarse el agradecimiento de los Mexicanos con la libertad de sus compatriotas. Esta conducta artificiosa y doble, daba sin duda muestras de su gran ingenio; mas solo podrán alabarla aquellos cortesanos, cuya política se reduce al arte de engañar á los hombres, y que, no haciendo caso de lo justo, solo buscan lo útil en sus operaciones. Cortés, pues, dió orden á sus guardias de sacar por la noche de las jaulas á dos de los Mexicanos, y de conducirlos cautelosamente á su presencia, sin que lo echasen de ver los Totonacas. Así se ejecutó, y los Mexicanos quedaron tan reconocidos al general español, que le hicieron mil demostraciones de gratitud, y le aconsejaron que no se fiase de sus bárbaros y pérfidos huéspedes. Cortés les encargó que manifestasen á su soberano cuánto lo habia afligido el atentado cometido por aquellos montañeses contra sus ministros, asegurándole al mismo tiempo que pondria á los otros tres en libertad, como con ellos habia hecho. Ellos marcharon inmediatamente para su capital, conducidos por los españoles en una barca, hasta mas allá de los límites de aquella provincia, y Cortés al dia siguiente se mostró muy encolerizado contra sus guardias, por el descuido que habian tenido de dejar escapar á aquellos prisioneros. Añadió, que para que no sucediese lo mismo con los otros, queria ponerlos en prision mas estrecha; y para hacerlo creer así, los mandó conducir encadenados á sus buques: de allí á poco los puso en libertad, como á los dos primeros.

CONFEDERACION DE LOS TONACAS CON LOS ESPAÑOLES.

Hizo inmediatamente correr la voz por todas aquellas montañas, de que los habitantes eran libres del tributo que pagaban al rey de México, y que si llegaban otros recauda-

dores, se lo hiciesen saber, para apoderarse de ellos. Con esta noticia se despertó en toda la nacion la dulce esperanza de la libertad, y empezaron á venir á Quiahuitzla otros muchos señores, no ménos para dar gracias á su pretendido libertador, que para deliberar sobre los medios de asegurar su independencía. Algunos, que aun no habian arrojado de sus ánimos el miedo de los Mexicanos, eran de dictámen que se pidiese perdon al rey por el atentado cometido con sus ministros; mas prevaleció, por sugestion de Cortés y de los dos señores de Cempoala y Quiahuitzla, la opinion opuesta de sustraerse al tiránico dominio de Moteuczoma con el auxilio de aquellos valientes extranjeros, ofreciéndose á poner un ejército formidable bajo las órdenes del general español.

Cortés, despues de haberse asegurado suficientemente de la sinceridad de los Totonacas, é informándose de sus fuerzas, se valió de aquel momento favorable para inducir aquella numerosa nacion á prestar obediencia al rey católico. Celebróse este acto con intervencion del notario del ejército, y con todas las otras formalidades legales.

FUNDACION DE VERACRUZ.

Concluido felizmente aquel gran negocio, se despidió Cortés de aquellos señores para ir á poner en ejecucion un proyecto de suma importancia, que habia formado poco ántes, y era el de fundar en aquella costa una colonia fuerte, que pudiera servir á los españoles de refugio en sus desgracias, de punto de apoyo para mantener á los Totonacas en la fidelidad jurada, de escala para las nuevas tropas que viniesen de España ó de las islas Antillas, y de almacen y depósito de los efectos que les enviasen los naturales de aquellos países, ó que pudieran recibir de Europa. Fundóse en efecto la colonia en el pais mismo de los Totonacas, en una llanura situada al pié del monte Quiahuitzla, á doce millas al Norte de Cempoala, y cerca del nuevo puerto (1). Lla-

(1) Casi todos los historiadores se engañan acerca de la fundacion de Veracruz; pues cuando di-

máronla Villa Rica de la Veracruz, por las muestras de riqueza que habian visto, y por haber desembarcado en viérnes santo, y aquella fué la primera colonia de los españoles en el continente de la América Septentrional. Cortés fué el primero que echó mano á la obra para estimular á los otros con su ejemplo, y con el auxilio de los Totonacas se construyó en breve un número suficiente de casas, y una pequeña fortaleza capaz de hacer alguna resistencia á los Mexicanos.

NUEVA EMBAJADA Y REGALO DE MOTEUCZOMA.

Entre tanto habian llegado á México aquellos dos recaudadores que Cortés puso en libertad, y dado noticia á Moteuczoma de todo lo que habia ocurrido, elogiando altamente al general español. Moteuczoma, que ya estaba decidido á enviar un ejército, para castigar la insolente temeridad de los extranjeros, y arrojarlos de sus dominios, se detuvo con aquella noticia, y agradecido á los servicios que aquel general habia hecho á sus ministros, le envió dos príncipes sobrinos suyos (hijos quizás de su hermano Cuitlahuatzin), acompañados de muchos nobles y servidumbre, y con un regalo de alhajas de oro que importaban mas de dos mil pesos. Dieron gracias á Cortés en nombre del rey, y juntamente se le quejaron de haber hecho amistad con los rebeldes Totonacas, porque esta nacion habia tenido la insolencia de negar el tributo que debía á su soberano. Añadieron, que solo por res-

cen que la primera colonia de los españoles fué la antigua, fundada sobre el rio del mismo nombre, creen que no ha habido mas que dos ciudades con el nombre de Veracruz, esto es, la antigua, y la moderna edificada en el mismn arenal en que desembarcó Cortés; pero no hay duda en que ha habido tres con el mismo nombre: la primera, fundada en 1519 cerca del puerto de Quiahuitzla, que conservó despues el nombre de Villa Rica: la segunda, la antigua Veracruz, fundada en 1523 ó 1524; y la tercera, la nueva Veracruz, que hoy conserva este segundo nombre, y fué fundada por orden del conde de Monterey, virey de México, á fines del siglo XVI, y recibió de Felipe III el título de ciudad en 1615.

peto á tales huéspedes, no habia venido ya un ejército á castigar la rebelion de aquellos pueblos; pero que al fin no quedarian impunes. Cortés, despues de haber significado con las espresiones mas convenientes su gratitud, procuró defenderse de la acusacion sobre la amistad de los Totonacas, alegando la necesidad en que se habia visto de buscar víveres para sus tropas, á causa de haber sido abandonado por los Mexicanos. Dijo ademas, que por lo que respetaba al tributo, no era posible que aquella nacion sirviese juntamente á dos señores: que él esperaba pasar en breve á la corte para satisfacer mas completamente al rey, y hacerle ver la sinceridad de su conducta. Los dos principes, despues de haber visto con gran placer y admiracion el ejercicio militar de la caballería española, regresaron á la capital.

DESTRUCCION DE LOS ÍDOLOS DE CEMPOALA.

El señor de Cempoala, á quien habia desagradado mucho la última embajada de los Mexicanos, para estrechar mas y mas su alianza con los españoles, presentó á Cortés ocho doncellas bien vestidas, á fin de que se casasen con los capitanes, y entre ellas habia una sobrina suya que destinaba al mismo general. Cortés, que habia hablado muchas veces con él sobre la religion, le respondió que no podia aceptarlas, si antes no renunciaban la idolatría, y abrazaban el cristianismo; y de aquí tomó ocasion para explicarle de nuevo las puras y santas verdades de nuestra religion, y declamó con la mayor energía contra el culto de aquellos falsos númenes, especialmente contra la horrenda crueldad de sus sacrificios. A tan fervorosa exhortacion, respondió el cempoalteca, que aunque apreciaba altamente su amistad, no podia complacerlo en abandonar el culto de sus dioses, de cuyas manos recibian aquellos pueblos la salud, la abundancia y todos los bienes que poseian, y de cuya cólera, provocada por su ingratitude, debian temer los mas severos castigos. Inflamóse mas con esta respuesta el celo de Cortés, y volviéndose á sus soldados, les di-

jo: "Vamos, españoles, ¿qué aguardamos? ¿Cómo podemos sufrir que estos, que se jactan de ser nuestros amigos, den á las estatuas é imágenes abominables del demonio, el culto que se debe á nuestro único y verdadero Dios? ¿Cómo permitimos que diariamente y á nuestra vista les sacrifiquen víctimas humanas? Animo, soldados: ahora es ocasion de manifestar que somos españoles, y que hemos heredado de nuestros abuelos el celo ardiente en favor de nuestra religion. Destrocemos sus ídolos, y quitemos de la vista de estos infieles ese perverso fomento de su supersticion. Si así lo conseguimos, haremos un gran servicio á Dios: si morimos en la empresa, él nos recompensará con la gloria eterna el sacrificio que le haremos de nuestras vidas."

El cempoalteca, que en el semblante de Cortés, y en los movimientos de los soldados descubria claramente su intento, hizo señal á su gente que se apercebiese á la defensa de sus dioses. Empezaban ya los españoles á subir las escaleras del templo, cuando los Cempoaltecas, atónitos é indignados, gritaron que se guardasen de cometer aquella tropelía, si no querian que se desplomase sobre ellos toda la cólera de los númenes. No siendo Cortés capaz de intimidarse con sus amenazas, les respondió que ya muchas veces los habia amonestado que dejasen aquella infame supersticion: que pues no habian querido tomar un consejo tan provechoso, tampoco queria él conservar por mas tiempo su amistad: que si los mismos Totonacas no se decidian á quitar de en medio aquellos abominables simulacros, él con su gente los haria pedazos; y por último, que se guardasen de cometer la menor hostilidad contra los españoles, porque inmediatamente los atacarian ellos con tanto furor, que ni uno solo dejarian con vida. A estas amenazas añadió Doña Marina otra mas eficaz: á saber, que si querian oponerse al intento de aquellos extranjeros, en vez de aliarse con los Totonacas contra los Mexicanos, se unirian con los Mexicanos contra los Totonacas, y en este caso seria in-

evitable su ruina. Esta razon entibió el primer ardor del celo del cempoalteca; y siendo mas poderoso en su ánimo el miedo de los Mexicanos, que el de sus dioses, dijo á Cortés que hiciése lo que le agradase, pues él no tenia bastante valor para poner sacrilegamente las manos en los simulacros de sus divinidades. Apénas tuvieron el permiso los españoles, cuando cincuenta soldados, subiendo apresuradamente á la parte superior del templo, arrebataron los ídolos de los altares, y los arrojaron por las escaleras. Los Totonacas, entre tanto, llorando á lágrima viva, y cubriéndose los ojos por no ver aquella profanacion, rogaban con voz doliente á sus dioses que no castigasen en la nacion la temeridad de aquellos extranjeros; pues ellos no podian impedirlo, sin ser sacrificados al furor de los Mexicanos. Sin embargo, algunos, ó ménos cobardes, ó mas celosos del honor de sus númenes, se disponian á tomar venganza de los españoles; y hubieran venido á las manos, si estos no se hubieran apoderado del señor cempoalteca, y de cinco de los principales sacerdotes, y si amenazándolos con la muerte, no los hubieran obligado á comprimir el ímpetu de sus compatriotas.

Despues de una accion tan osada, en la que no tuvo parte la prudencia, mandó Cortés á los sacerdotes que quitasen de su vista y arrojasen al fuego los fragmentos de los ídolos. Fué prontamente obedecido, y lleno entónces de júbilo, como si al aniquilar los ídolos hubiera destruido la idolatría, y estirpado en aquellos pueblos la supersticion, dijo al señor de Cempoala que aceptaba de buena voluntad las ocho doncellas que le ofrecia; que de entónces en adelante miraria á los Totonacas como sus amigos y hermanos, y que en todas sus necesidades les ayudaria contra sus enemigos; que pues ya no debian ser adoradas aquellas detestables imágenes del demonio, queria colocar en el mismo templo la de la Madre del verdadero Dios, á fin de que la reverenciasen, é implorasen su proteccion. Entró en seguida en un largo razonamiento sobre la santi-

dad de la religion cristiana; y cuando lo hubo concluido, mandó á los albañiles cempoaltecas quitasen de las paredes del templo aquellas horrorosas manchas de sangre humana que se conservaban como trofeos de su inhumano culto, y que las puliesen y blanqueasen. Despues mandó construir un altar, al uso de los cristianos, y colocó sobre él la imagen de María Santísima. Cometió al cuidado de cuatro sacerdotes cempoaltecas, el nuevo santuario, encargándoles que estuviesen siempre aseados y vestidos de blanco, en lugar del triste ropaje negro de que usaban, por causa de su ministerio. A fin de que nunca faltasen luces delante de aquella sagrada imagen, les enseñó el uso de la cera que las abejas trabajaban en sus montañas; y para que en el tiempo de su ausencia no fuesen repuestos los ídolos, ni profanado de ningun modo el santuario, dejó en él á uno de sus soldados, llamado Juan Torres, que por su avanzada edad era poco útil en la guerra, y que hizo á Dios el sacrificio de permanecer entre aquellos infieles, para promover su culto. Las ocho doncellas, despues de haber sido suficientemente instruidas, recibieron el santo bautismo, tomando el nombre de Doña Catalina, la sobrina del señor de Cempoala, y el de Doña Francisca, la hija de Cuexco, uno de los principales señores de aquella nacion.

De Cempoala volvió Cortés á la nueva colonia de Veracruz, donde tuvo el consuelo de reforzar su pequeño ejército con dos capitanes y diez soldados que llegaron de Cuba, á los que se agregaron, de allí á poco, otros seis hombres, que fueron tomados por engaño de un buque de la Jamaica.

CARTAS DE CORTES Y DEL EJERCITO AL REY CATÓLICO.

Antes de emprender el viaje á México, quiso Cortés dar cuenta á su soberano de todo lo que hasta entónces le habia ocurrido; y á fin de que sus noticias fueran mejor recibidas, envió todo el oro que se habia reunido, cediendo su parte, por sugestion del mismo general, cada uno de los oficiales y

soldados de la expedición. Cortés en aquella carta prevenía al rey contra las tentativas del gobernador de Cuba. Otras dos se le escribieron, una firmada por los magistrados de la nueva colonia, y otra por los principales oficiales de las tropas, y en ellas le rogaban que aprobase cuanto habían hecho, y que confirmase los cargos de capitán general y de primer juez, conferidos por los votos de toda la armada á Cortés, á quien recomendaban con los mas magníficos elogios. Estas cartas, juntamente con el regalo de oro, fueron enviadas á España con los dos capitanes Alonso Hernandez de Portocarrero y Francisco de Montejo, que se hicieron á la vela el 16 de julio de 1519.

ACCION FAMOSA DE CORTES.

Apénas habían salido aquellos procuradores, cuando Cortés, que siempre tenia ocupada la mente en altos designios, llevó á cabo una empresa, que por sí sola bastaria á dar á conocer su magnanimidad, y á inmortalizar su nombre. Para quitar á sus soldados toda esperanza de volver á Cuba, y para reforzar su ejército con los marineros de la escuadra, despues de haber castigado con el último suplicio á dos de sus soldados que maquinaban traicion y fuga en uno de los buques, y con otras menores penas corporales á tres de sus complices, indujo á fuerza de razones y ruegos á dos de sus confidentes, y á uno de los pilotos de quien mas se fiaba, á barrenar en secreto uno ó dos de los buques, y á persuadir á todos que se habían perdido por estar agujerados por la broma, manifestándole á él, de un modo público, que los otros no podían servir por la misma causa; lo que no debía parecer extraño, habiendo estado parados tres meses en el puerto. Valióse de este engaño para que no se conjurase contra él la gente, hallándose reducida á la necesidad de vencer ó morir. Todo se hizo como lo había dispuesto, y con el consentimiento de todo el ejército, despues de haber sacado de los bajeles las velas, las cuerdas, la clavazon y todo cuanto podia ser de alguna utilidad. “Así fué, di-

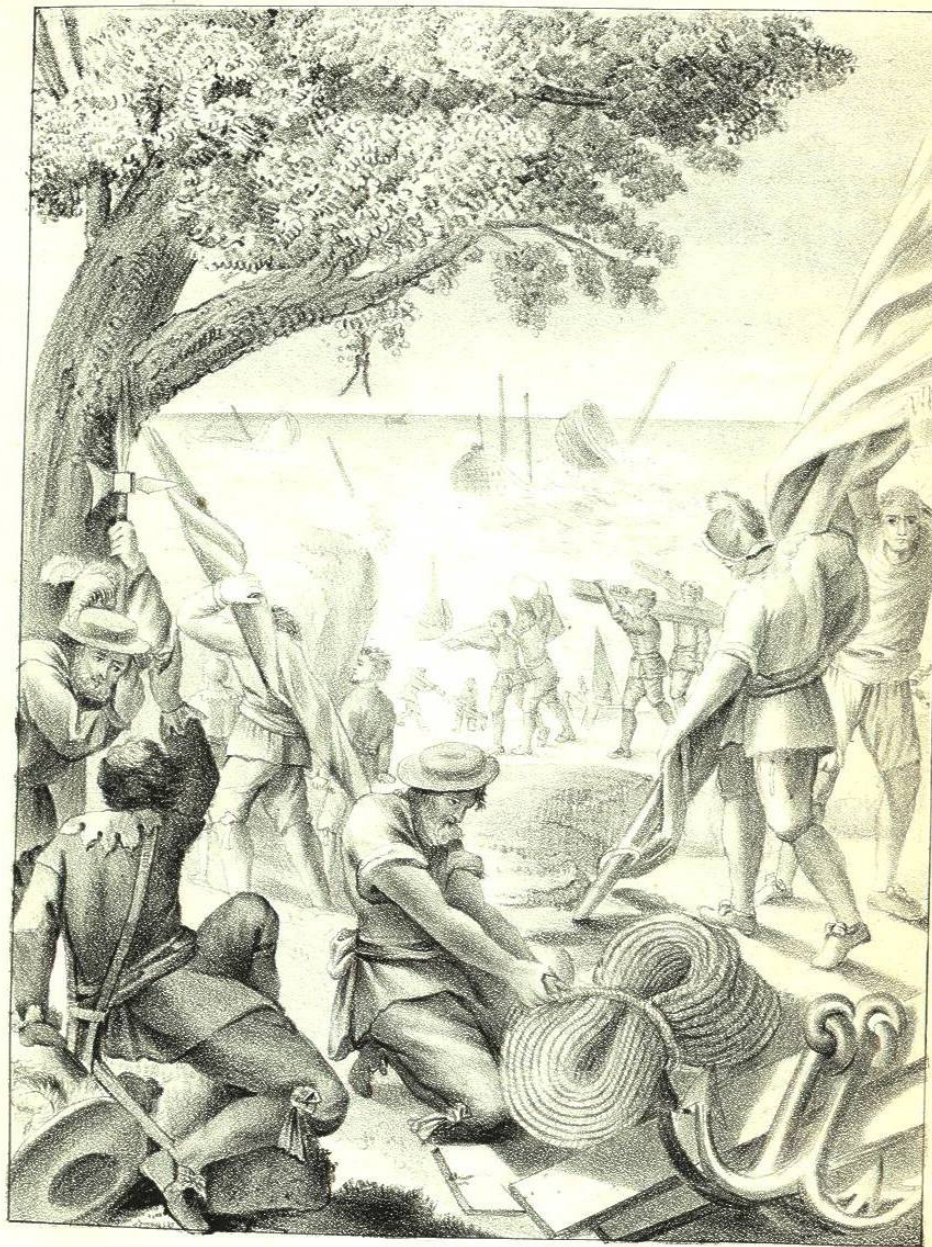
ce Robertson, como por un esfuerzo de magnanimidad, que no tiene ejemplo en la historia, quinientos hombres convinieron voluntariamente en encerrarse en un país enemigo, lleno de naciones poderosas y desconocidas, cerrados todos los caminos á la fuga, y sin otro recurso que su valor y su perseverancia.” Yo no dudo que la atrevida empresa que Cortés meditaba hubiera sido del todo imposible, á no haber tomado aquella resolucion; pues los soldados, á vista de los grandes obstáculos que á cada paso encontraban, hubieran esquivado el peligro con la fuga, y el mismo general se hubiera visto obligado á seguirlos.

VIAJE DE LOS ESPAÑOLES AL PAIS DE LOS TLAXCALTECAS.

Libre de estas inquietudes, ratificada la alianza con los Totonacas, y dadas las órdenes convenientes para el adelanto y la seguridad de la nueva colonia, pensó Cortés en hacer su viaje á México. Dejó en Veracruz cincuenta hombres al mando del capitán Juan de Escalante, uno de los mejores oficiales del ejército; encargó á los Cempoaltecas que ayudasen á los españoles á concluir la fortaleza, y que les suministrasen los víveres necesarios, y se puso en camino el 16 de agosto, con cuatrocientos quince peones españoles, diez y seis caballos, doscientos *Tlamama*, ú hombres de carga, para el trasporte de los bagajes y de la artillería, y con algunas tropas totonacas, entre las cuales iban cuarenta nobles, que Cortés tomó consigo, ó como auxiliares para la guerra, ó como rehenes de aquella nacion. Los tres principales se llamaban, segun algunos autores, *Teuch*, *Mamexi* y *Tamalli*.

Eucaminóse por Talapan y Texotla; y despues de haber atravesado con suma fatiga algunas montañas desiertas, donde el aire era en extremo rígido, llegó á Xocotla (1), ciudad considerable, y con buenos

(1) Bernal Diaz y Solis llaman á esta ciudad *Zocollan*; lo que puede inducir á error á los lectores, pues seria fácil confundirla con la de *Zacatlan*, situada á distancia de treinta millas de Tlaxcala, hácia el Norte.



Cortés hecha de pique las navas y reserva el velamen clavazon y demas petrechos.

edificios, entre los cuales se alzaban trece templos, y el palacio del señor, construido de cal y canto, compuesto de un gran número de buenas salas y cámaras, y que era la fábrica mas completa que los españoles habian visto hasta entónces en el Nuevo-Mundo. Tenia el rey de México en aquel pueblo, y en los caseríos que de él dependian, veinte mil vasallos, y cinco mil Mexicanos de guarnicion. Olintetl (que así se llamaba el señor de Xocotla), salió á recibir á los españoles, y los alojó cómodamente en la ciudad; pero en el suministro de víveres se mostró al principio algun tanto escaso, hasta que por los informes de los Totonacas adquirió una idea mas ventajosa de su valor, de la fuerza de sus armas y de sus caballos. En la conferencia que tuvo con el general español, uno y otro ponderaron á porfia la grandeza y el poder de sus respectivos soberanos. Cortés exigia inconsideradamente que aquel señor prestase obediencia al rey católico, y diese alguna cantidad de oro en reconocimiento de su vasallaje. "Tengo mucho oro, respondió Olintetl; pero no quiero darlo sin consentimiento espreso de mi rey." "Yo haré dentro de poco, respondió Cortés, que os mande darme el oro y todo cuanto poseéis." "Si así lo manda, repuso Olintetl, no solo os daré el oro y todo cuanto poseo, sino tambien mi persona." Pero lo que no pudo obtener Cortés de aquel señor con sus amenazas, lo consiguió de la liberalidad de dos personajes de aquel valle, que fueron á visitarlo á Xocotla, y le presentaron algunos collares de oro y siete ú ocho esclavas. Hallóse perplejo Cortés sobre el camino que debia tomar para llegar á México. El señor de Xocotla y los comandantes de la guarnicion mexicana, le aconsejaban que se encaminase por Cholula; pero él creyó mas seguro el dictámen de los Totonacas, que preferian pasar por Tlaxcala: y en efecto hubiera perecido en Cholula con toda su tropa, si hubiese ido allí en derechura, como se inferirá de lo que despues diré. Para obtener de los Tlaxcaltecas el permiso de pasar por su pais, envió

al senado cuatro mensajeros, de los mismos Cempoaltecas que lo acompañaban; mas estos, como luego veremos, no hicieron la propuesta en nombre de los españoles, sino en el de los Totonacas, ó porque así se lo mandó el general español, ó porque á ellos les pareció mas conveniente.

De Xocotla pasó el ejército á Iztacmaxtitlan, cuya poblacion se estendia por diez ó doce millas, en dos filas no interrumpidas de casas edificadas sobre las dos márgenes de un riachuelo, que corre por medio de aquel largo y estrecho valle. La ciudad, que propiamente tenia aquel nombre, que se componia de bellos edificios y de una poblacion de cerca de seis mil almas, ocupaba la cima de un monte alto y escabroso, cuyo señor fué uno de aquellos dos personajes que visitaron y regalaron á Cortés en Xocotla. A la natural aspereza del sitio, habia añadido el arte buenas murallas, con sus barbacanas y fosos (1); pues siendo aquella plaza fronteira de los Tlaxcaltecas, estaba mas espuesta á sus invasiones. Allí fueron muy bien acogidos y regalados los españoles.

ALTERACIONES DE LOS TLAXCALTECAS.

Entre tanto se ventilaba en el senado de Tlaxcala su solicitud, toda aquella gran ciudad se habia alterado con la noticia de la llegada de los extranjeros, y especialmente con los pormenores que dieron los mensajeros cempoaltecas, de su aspecto y de su valor, del tamaño de sus buques, de la agilidad y violencia de sus caballos, y del espantoso tronido y fuerza destructora de su artillería. Regian á la sazón aquella república Xicotencatl, señor del cuartel de Tizatlan; Maxixcatzin, señor del de Ocotelolco, y general de las armas de la república; Tlehuexolotzin, señor de Tepeticpac, y Citlalpopocatzin, señor de Quiahuiztlan. Los Cempoaltecas fueron cortesmente recibidos y alojados en la casa destinada para morada de los embajadores (2), y despues que reposaron y co-

[1] Cortés en sus cartas compara aquella fortaleza á las mejores de España.

[2] Bernal Diaz del Castillo dice que los mensajeros

mieron, se les introdujo en la sala del senado, para esponer su mensaje. Allí, despues de haber hecho una profunda inclinacion, y todas las otras ceremonias acostumbradas en semejantes casos, uno de ellos tomó la palabra y dijo: "Muy grandes y valientes señores, los dioses os den prosperidad, y victoria contra todos vuestros enemigos. El señor de Cempoala y con él toda la nacion de los Totonacas os saludan, y os hacen saber que de parte de Levante han llegado á nuestro pais en unos grandísimos barcos, ciertos héroes fuertes y sumamente valerosos, con cuyo auxilio venimos á libertaros del tiránico dominio del rey de México. Ellos dicen que son súbditos de un poderoso monarca, en cuyo nombre quieren visitaros, ofreciéndose á daros noticia del verdadero Dios, y á prestaros ayuda contra vuestro antiguo y capital enemigo. Nuestra nacion, por la estrecha amistad con vuestra república, que constantemente ha cultivado, os aconseja que recibais como amigos á estos héroes, los cuales, aunque pocos, valen por muchos." Maxixcatzin les respondió en nombre del senado, que daban gracias á los señores Totonacas por la noticia y por el consejo, y á los valientes extranjeros por el socorro que se ofrecian á prestarles; mas que se necesitaba algun tiempo para deliberar sobre un punto de tanta importancia: que entre tanto se restituyesen á su alojamiento, donde serian tratados con la distincion que correspondia á su nacimiento y á su carácter. Retiráronse los mensajeros, y el senado quedó en deliberacion.

Maxixcatzin, que gozaba del aprecio general por su benignidad y por su prudencia, dijo que no se debía desechar aquel consejo, pues lo daban unos amigos tan fieles,

jeros fueron dos, y que inmediatamente despues de su llegada á Tlaxcala, fueron puestos en la cárcel; pero el mismo Cortés que los envió, afirma que eran cuatro, y del contexto de su relacion, se infiere que Bernal Diaz no tuvo buenos informes acerca de lo que ocurrió en Tlaxcala. La narracion de este escritor, contraria á la de los otros historiadores españoles é indios, ha inducido á error á muchos escritores modernos, y entre ellos á Robertson.

y tan contrarios al gran enemigo de la república; que aquellos extranjeros, segun lo que de ellos decian los Cempoaltecas, parecian ser los héroes, que segun su tradicion, debian llegar á aquellos paises; que los terremotos que poco ántes se habian sentido, el cometa que á la sazón se dejaba ver en el cielo, y otros semejantes sucesos de aquellos últimos años, eran indicios de acercarse el cumplimiento de la referida tradicion; que si los extranjeros eran inmortales, en vano seria hacerles resistencia, y oponerse á su entrada. "Nuestra oposicion, añadió, podria ocasionar daños gravísimos, y para el rey de México seria motivo de maligno placer, el ver introducidos por fuerza en la república á los que no queremos aceptar de buena voluntad; por todo lo cual es mi opinion que se deban recibir amigablemente." Esta opinion fué acogida con aplauso; pero la contradijo inmediatamente Xicotencatl (1), anciano de gran autoridad por su larga práctica en los negocios civiles y militares. "Nuestras leyes, dijo, nos mandan dar acogida á los extranjeros; mas no á los enemigos, que puedan ser perjudiciales al estado. Estos hombres, que pretenden entrar en nuestra ciudad, mas parecen monstruos arrojados por el mar, no pudiendo ya sufrirlos en su seno, que dioses bajados del cielo, como neciamente se imaginan algunos. ¿Es posible que sean dioses los que buscan con tanta avidéz el oro y los placeres? ¡Y qué no debemos temer de ellos, en un pais tan pobre como el nuestro, que hasta de sal carece para el condimento de nuestros manjares! Agravio hace al valor de la nacion quien la cree capaz de ser vencida por unos pocos extranjeros. Si son mortales, las almas de los Tlaxcaltecas lo harán ver al mundo; y si son inmortales, tiempo tendremos de aplacar con obsequios su enojo, y de implorar con el arrepentimiento su perdon. Rechacemos pues su demanda, y si quieren entrar por fuerza, sea reprimida

(1) Solís atribuye al jóven Xicotencatl el razonamiento de su anciano padre; pero yo doy mas crédito á los autores antiguos que estuvieron informados por los mismos Tlaxcaltecas.

con las armas su temeridad." Esta contradiccion de opiniones entre dos personajes de tanto respeto, dividió los ánimos de los otros senadores. Los que eran inclinados al comercio, y estaban acostumbrados á la vida pacífica, se agregaron al parecer de Maxixcatzin, y los militares abrazaron el de Xicotencatl. Temiloltecatl, uno de los senadores (1) sugirió un arbitrio para conciliar ambos dictámenes. Propuso que se enviase al gefe de aquellos extranjeros una respuesta cortés y amigable, concediéndole el permiso de entrar en el territorio de la república; pero que al mismo tiempo se diese orden á Xicotencatl el jóven, de salir con las tropas otomites de la república, á cerrarles el paso, y á probar sus fuerzas. "Si quedamos vencedores, dijo, será inmortal la gloria de nuestras armas: si somos vencidos, echaremos la culpa á los Otomites, y daremos á entender que emprendieron la guerra sin nuestra orden (2)." Artificio político, que se practica muy frecuentemente en el mundo, y especialmente por las naciones cultas; pero no ménos contrario á la buena fe que se deben entre sí los hombres. Aceptó el senado el consejo de Temiloltecatl; pero ántes de despedir á los mensajeros con la respuesta, dió á Xicotencatl las órdenes convenientes. Este era un jóven intrépido, enemigo del reposo, y aficionado en demasía á la gloria militar; por lo que aceptó con gusto un encargo que le daba ocasion de lucir su esfuerzo y su arrojo.

Cortés, despues de haber aguardado ocho

[1] Herrera y Torquemada dicen que Temiloltecatl era uno de los cuatro señores de Tlaxcala; pero de las Memorias de Camargo, y de otros Tlaxcaltecas, y aun de lo que dice el mismo Torquemada se infiere claramente que los cuatro señores eran los que he nombrado en el texto. Quizá podria conciliarse esta anomalía suponiendo que Tlehuexolotzin se llamaba ademas Temiloltecatl, como tambien tenia el nombre de Tezcacalteuctli; pues sabemos que muchas personas tenian dos y tres nombres.

(2) Ya he dicho que muchos Otomites se habian refugiado á Tlaxcala para sustraerse al dominio de los Mexicanos, y que hacian servicios importantes á la república.

dias la respuesta del senado, creyendo que aquella tardanza seria efecto de la lentitud que suele afectar la magestad de los potentados, y no dudando por esto lo que los Cempoaltecas le decian, que seria bien recibido por los Tlaxcaltecas, salió de Iztacmaxtitlan con todo su ejército, que ademas de los Totonacas y de los españoles, se componia de un competente número de tropas mexicanas de la guarnicion de Xocotla, y marchó en buen orden, como solia, hasta la muralla, que por aquella parte separaba los estados de México y Tlaxcala. Esta gran fortaleza, cuya descripcion y medidas he dado, hablando del arte militar de aquellos pueblos, habia sido construida por los Tlaxcaltecas, para defenderse de sus antiguos enemigos por la parte de Levante (1), y con el mismo objeto habian hecho fosos y trincheras por la de Poniente. La salida del muro, que siempre estaba guardada por tropas otomites, se halló, no sé por qué, enteramente abandonada en aquella importante ocasion; de modo que las tropas españolas entraron sin inconveniente en el territorio de la república, lo que de otro modo no hubieran podido hacer, sin derramar mucha sangre.

Aquel mismo dia, que fué el 31 de agosto, se dejaron ver algunos indios armados, y queriendo alcanzarlos la caballería descubierta, para tener por ellos algunos datos de la resolucion del senado, fueron muertos dos caballos, heridos otros tres y dos hombres: pérdida ciertamente grande para una caballería tau reducida. Presentóse en seguida una fuerza, que parecia como de cuatro mil hombres, contra los cuales se avanzaron los españoles y los aliados, y muy en breve los pusieron en derrota, quedando muertos ochenta Otomites. De allí á poco llegaron dos de los mensajeros cempoaltecas, con algunos Tlaxcaltecas (2), los cuales

[1] De lo que dijeron los Mexicanos á Cortés acerca de la muralla podria inferirse que fueron ellos los que la fabricaron; pero no tiene duda que fueron los Tlaxcaltecas.

[2] Bernal Diaz dice que los primeros mensajeros